

ALCANTARA

Publicación trimestral editada por los Servicios Culturales de la Excma. Diputación Provincial de Cáceres

Director: CARLOS CALLEJO SERRANO

DIRECCIÓN, REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Palacio Provincial.—Plaza de Santa María, n.º 1.—Teléfono 21 15 84

IMPRIME: Imprenta Provincial.—Carretera de San Francisco, s. n.

SUMARIO

	Páginas	
Brevísima filosofía presencial para el arte	3	Pedro Caba.
Clásicos de nuestro siglo: Los tres reyes magos	13	Ruben Darío.
Recuerdos: Desfile de la Victoria.	14	Miguel Muñoz de San Pedro, (Conde de Canilleros).
Llamas de capuchina	17	José Canal.
Cáceres	18	José Ledesma Criado.
Lepanto (Conferencia)	20	Álexander von Banda.
La fantasía o la isla de San Borondón	33	Juan Pablos Abril.
José María Bermejo	36	Juan Pedro Vera Camacho.
3 poemas	39	José María Bermejo.
Arzobispado extremeño	42	Eliás Serradilla Vegas.
Curiosidades arqueológicas	44	María Murillo.
Pensamientos	48	Edmundo Costillo Marín.
Notable hallazgo sobre Tirso de Molina en Trujillo	49	Teodoro Fernández.
Tipos humanos eutrapiélicos	54	Isabel Alía Pazos.
Poemas a las rosas	58	Gregoria Collado.
Colaboradores de «Alcántara»	59	María Rosa Vicente.
Donde tú... Bécquer, yo, Gabriel y Galán	63	Leocadio Galán, Edmp.
A la muerte de Rufino Saúl	69	Enrique Louzado.
Arte	71	J. A. Oliver Marcos.
Crónica	75	J. A. Oliver Marcos.
Recensiones	83	José Canal, C. C. S. y M. González Haba.
Noticia de Revistas		

En cumplimiento de la vigente Ley de Prensa esta revista hace constar:

- 1.º Que su empresa editora es la Excelentísima Diputación de Cáceres Servicios culturales).
- 2.º Que su director, redactores y principales colaboradores son los que figuran en el cuadro inserto en última página.
- 3.º Que siendo sus fines esencialmente culturales y educativos, la revista «Alcántara» no proporciona beneficios comerciales, careciendo de publicidad retribuida.

ALCANTARA

D. Legal CC-26-1958

Año XXVIII

ENERO - FEBRERO - MARZO 1972

Núm. 166

Brevísima filosofía presencial para el arte

Por Pedro CABA



L Arte en todas sus formas y variedades es índice y signo muy alto de la Cultura y de la Historia. Por los estilos de arte colegimos fácilmente en la Historia los modos y estilos de ser hombre. Pero también, viceversa: En cada estilo y modo de ser hombre inducimos una determinada actitud y un cierto comportamiento, según gusto y entendimiento, ante el Arte y lo mismo podríamos decir del hombre ante la Ciencia, la Religión o la Política. Por todo esto, para alcanzar alguna claridad sobre cualquier aspecto o manifestación de la Cultura, hay que partir siempre del hombre, del estudio del hombre, estudio que, más que antropología es antroposofía. Tendrá, pues que disculparme el lector si, para poder preguntarnos por qué y para qué hay arte y qué significa el arte en la vida del hombre, en la Cultura y en la Historia, comienzo por precisar unas cuantas nociones fundamentales sobre el hombre mismo.

I

SIGNIFICADO Y SENTIDO DEL HOMBRE COMO PRESENCIA

El hombre es el único animal que presencia en el mundo, el único para el que hay *mundo*, pues para los animales hay contorno o medio ambiente, pero no mundo, el cual hay que hacerlo, entretejerlo, y solo los hombres con su acción y su presencia, sus actos, su lenguaje e interrelaciones, pueden entretejerlo y fundarlo. Es el único que presencia, y presenciar es muy otra cosa que solo ver o solo mirar. Ver en el animal es pasivo, reactivo; los animales solo ven reaccionando a los estímulos que les llegan de fuera (el frío, la humedad, la pieza que salta, el olor que llega, la hoja que se mueve, el pastizal que ondula y se irisa), o a estímulos que le brotan dentro, según su especie, (como el hambre, el celo sexual, el instinto que le manda nidificar o cavar su freza); hasta cuando nos parece que *miran*, y no solo ven, como cuando acechan la presa, o esperan al macho, o vigilan los movimientos del cazador, no *miran* en verdad, sino que *ven* según estímulos individuales, situacionales o específicos. Mirar es algo intencional, por tanto, algo activo, con iniciativa, no meramente un ver. Todo mirar es un modo de presenciar, pero presenciar es mucho más que la mirada fisiológica poniendo las pupilas en una determinada orientación y hacia un determinado objeto. Podemos presenciar lo que no vemos ni miramos con los ojos, aunque sí con ía inteligencia enfocada, concentrada en la intención.

Presenciar es poner sobre las cosas, sobre los seres, la presencia del hombre, algo que constituye, con la acción de presenciar, en *presencia*, en esencia previa, indispensable en las cosas para ser ante el hombre. La presencia es algo luminoso, radiactivo, pero nada físico; es del orden de lo divino. Como delegado o vicario de lo divino, el hombre presencia las cosas de su mundo de sus cosas. Y presencia desde sí, y desde la comunidad de todos los demás hombres, derivada de la comunión de todos en el espíritu. La presencia en cada persona le viene de la comunión con todo lo humano. Por eso hay historia común, tradiciones comunes, lenguaje y ciencia y creencias comunes. La presencia humana es, en el fondo, *copresencia*. Cada uno presencia desde sí y desde los demás, aun no conociendo personalmente a los demás. Los hombres se transmiten y transfieren no solo objetos materiales, en donación, en préstamo, en arriendo, en usufructo, sino que también se traspasan ideas, concepto, hipó-

tesis, teorías, creencias y sistemas filosóficos. Como nos prestamos unos a otros los anteojos para ver y mirar, nos prestamos también ideas y teorías para interpretar y entender, y *com-prender*. La mayor parte de nuestros saberes y conocimientos nos viene de los demás por el diálogo, por la imitación, por el aprendizaje, por la lectura del libro o la contemplación del espectáculo, por el disco o la pantalla. Sabemos poco por conocimiento directo de las cosas, y aun aquello que conocemos directamente lo interpretamos y entendemos según conocimientos y referencias de otros. Para presenciar bien no siempre hace falta ver y mirar orgánicamente y sobre objetos concretos, materiales exteriores.

Precisamente cuando algo muy complejo, inasible por la visión y la mirada se nos presenta a nuestro interés, para poder ver más claro, cerramos los ojos y nos entregamos a la meditación, acaso sobre la almohada, encerrándonos a solas, en la oscuridad, donde hallamos nuestra propia luz interior, la que nos permite mirar por dentro, y presenciar sin ver orgánicamente nada. Y entonces nos sentimos transidos, circulados por algo extrahumano, divino, pudiendo llegar hasta el éxtasis de la contemplación. *Con-templar* (*contemplare*) es vieja voz etrusca (de probable origen oriental) que significa mirar desde lo alto (el templo etrusco estaba en colinas y montañas) pero desde la sagrada interioridad como un templo, experimentando el sentimiento de lo sagrado, *sobre-cogidos* por la circulación de lo divino. Todo ello es mucho más que ver y mirar orgánicos. Y tomamos el ímpetu para la *con-templación* en la savia de la comunidad humana, de la copresencia, savia que nos sube por el tallo del ser arriba haciéndonos luz nada física, no tramada de ondas ni de crepúsculos. Algo fertilizante, nos llega subálveo, bajo las raíces del ser, que nos hace mirar y contemplar, no solo desde dentro de cada uno, sino también desde los demás. Y presencia más cosas y personas, sin haberlas visto nunca, con otra clase de contemplación. Por estudio, por tradición, por referencia de otros, presenciamos la vida de Julio César, o el mundo indonesio de hoy o de ayer, o de los electrones en sus órbitas e interacciones, sin haberlos visto nunca. Los astrónomos saben, y presencian en su saber, estrellas y galaxias que nunca han visto, como hay sabios, físicos y biólogos que saben mucho de electrones y virus y bacterias que aun no han alcanzado a ver con sus ojos ni sus instrumentos. Tal vez Toynbee, sin haber visitado nunca el Pakistán, sabe más de su historia y su geografía y sus problemas sociales que todos los pakistaníes.

Solo el hombre presencia en acto, activamente, en acción, sin moverse, desplazarse ni modificarse en su ser orgánico. Los demás seres naturales no presencian, se les pone en presente, son *pasivamente presentados* por quien los presencia y presenta, por el hombre que los trae a las realidades de su mundo. Las cosas y los seres naturales ni se *ocultan* como pretendía Heráclito, ni se muestran y manifiestan por sí, como afirmaban Husserl y la fenomenología. Si no hubiera seres presenciales, hombres que presencian, no habría seres presentados y presenciados. Claro que estos seres presentados ponen algo y no todo es pasivo y reactivo en ellos: ellos ponen su entidad real, su «qué» o «quiddidad», su condición óptica natural de gas, agua o piedra, de vegetal o animal; son entes naturales creados por Dios. Pero necesitan la presencia del hombre, de algún hombre y no precisamente yo—para quedar constituidos en seres, no en el «ser en general» de los filósofos, sino en seres-qué, según la condición de cada uno. Y para ello, a su entidad natural, primigenia, el hombre le pone el «pre» de su presencia. De modo que el hombre es el gran *apriori* del mundo, no el *apriori* categorial e intelectual como en Kant, sino el *apriori* presencial, el que hace al hombre algo insuprimible en la presentación las cosas, poniendo el «pre» de su presencia, al «qué» óptico de lo que hay, de lo que *ya había* cuando el hombre llegó. Y así el hombre presente y presencia entes naturales constituyéndolos en *seres-qué*, según el ser realísimo y concreto de cada ente natural ya convertido en *ser-qué*, pero interpretado en muchas versiones, en muchos modos de ser, según al hombre le conviene y según lo entiende. El ente natural por ejemplo, es un vegetal de fibras, que el hombre aprovecha para sus vestidos, como abrigo, como adorno, como distintivo de dignidad social, haciendo de las fibras, textos o tejidos; y uno de estos es el papiro (como antes el pergamino y la piel de animal), y luego el papel y el libro y el periódico. Y la primera finalidad que el hombre da al libro, es ahora, no el vestido sino la *cultura* o nuevo *cultivo* de la fibra vegetal, y por medio del libro transporta ideas, creencias, imágenes, conceptos, ciencia, arte o religión. Pero también según situaciones o caprichos, el libro puede servirle de asiento, de proyectil, de combustible, de instrumento de educación, de edificación, de corrupción o de subversión social, y todo ello sin negar ni destruir su condición originaria de «vegetal fibroso», de su entidad natural. Todas esas aplicaciones e interpretaciones del ente natural, son «seres-qué», en los cuales el hombre, según sus necesidades, según sus interpretaciones, y aun sus caprichos, ha ido convirtiendo el ente natural que

es «el vegetal de fibras». Del mismo modo ha hecho de otros vegetales alimentos, condimento, medicamento y veneno, convirtiendo el alimento en veneno y medicamento, como hace del medicamento un veneno en la droga, y de la droga, un sostenimiento y medicamento para el enfermo.

Las cosas son lo que son, solo en referencia y respectividad al hombre. Pero respectividad es más que relación: las cosas entre sí son *co-relativas*, y en cuanto al hombre son *respectivas*; la relación es propia de las cosas; la respectividad es lo que las cosas presentan de referencia al hombre. La silla es *co-relativa* a la madera, al mueble, a la habitación, pero todo ello con *respecto* al hombre. Se distingue lo *relativo* de lo *respectivo*, en que aquel es multilateral, mientras la respectividad, es unilateral. La cosa es *respectiva* al hombre, pero este no es *respectivo* a las cosas; sólo es respectivo a Dios. Por eso el hombre es semejante a Dios, pero Dios no es semejante al hombre; no es semejanza recíproca como la de triángulos entre sí, en los cuales la semejanza es *relacional* y no *respectiva* como lo es del hombre a Dios. La respectividad es categoría presencial no relacional. Y la presencia es respectiva a Dios e indica lo que el hombre tiene de divino. Insisto en que la presencia es luz no física, que se hace luz mental en la inteligencia. Las cosas están presentadas a y por el hombre, y el hombre es presente a Dios, porque Dios es Presencia universal y porque de cabos de luz, no física y divina, está tramada la presencia del hombre en el mundo ante las cosas. Estas, por mediación del hombre se integran en la Cultura y en la Historia satisfaciendo una misteriosa disposición o datividad ofertiva para el ascenso ontológico; todas se humanizan y ascienden ontológicamente en el trato con el hombre, y el trato no es solo conocimiento intelectual, sino también uso y manipulación y aprovechamiento. El agua desmelenada del torrente, la piedra o la selva son cosas naturales, pero por el trato del hombre, el agua se hace pulso de regadío o fuerza electromotriz, como la selva se vuelve jardín y la piedra, catedral. Y todo ello por el *cultivo*, es decir por la *Cultura*, actos presenciales del hombre. Las cosas naturales por sí no tienen historia; no existe «historia natural» sino referencia o respectividad al hombre que les presta la historicidad. Toda cosa es *dativa*, *ofertiva*, en disposición de ascenso ontológico; y al *dato* que es cada cosa, el hombre presencial le añade una *data*, una fecha o momento de su temporalidad; y así, su *dato* con la *data*, dejan a la cosa *hecha* o *fecha*, determinada en temporalidad. Y así humanizada ya, la cosa que antes era solo *dativa*, solo término indirecto para

el hombre, se *acusa* como complemento directo, se convierte en *acusativo*. Con las cosas *dativas* y *acusativas*, el hombre, ser inacabado, que solo termina de ser cuando «se han cerrado las tapas de su ataúd», como dice un proverbio chino, se va haciendo en una acción gerundiva, un «siendo» que es a la vez un *des-siendo*, siempre en presente, por ser presencia, un *presenciando* continuo, pero un presente cargado de pasado y de futuro los cuales también va elaborando, constituyendo así la temporalidad y la Historia humanas. Los demás seres naturales no tienen que construir el propio ser, se lo encuentran ya hecho y *dado*, por eso son *dados* al hombre. La acción gerundiva es toda ella participio de presente, en cuanto participa y proyecta y recuerda al presente, pues todo lo que el hombre trata, usa y conoce, incluso el pasado recordado y el futuro proyectado, lo pone en presente. Por eso es presencial siempre, Y así, está presente a Dios. Y *pre-ocupado* por la presencia divina, más que a lo que es y, a lo que está siendo, atiende a lo que quiere ser, a lo que debe ser, según la llamada de Dios a cada uno. Es la *deuda metafísica* con la que viene el hombre, cada hombre, al nacer, y lo que ha hecho a tantos filósofos enunciar como imperativo universal: «Sé quien eres», esto es, quien estás llamado a ser; porque todo hombre es llamado, y trae un mensaje y una deuda, que no se refiere a la deuda llamada del «pecado original», sino al «deber ser» de cada uno. Pero las cosas, puesto que tienen un ser ya dado y acabado, no tienen *deuda* no vienen con un *deber ser*, sino solo como una secreta oferta y datividad para seguir en respectividad al hombre, y alzarse hasta él, hasta su sentido existencial, e ingresar así en la Historia y la Cultura. Hasta que el hombre las trata y conoce, las cosas permanecen en su omnicidad oscura, perseverando en ella obcecadamente, dejándose ser en lo que ya originariamente son, como entes brutos.

Para las cosas, el hombre es la meta; para el hombre la meta está en Dios; el hombre es *respectivo* a Dios y las cosas son *respectivas* al hombre. Ni las cosas conocen al hombre ni el hombre conoce a Dios. Pero le experimenta y barrunta y por eso le busca. «No me buscarías si no me hubieses encontrado», dice Pascal repitiendo a San Agustín. No le conoce, pero le siente dentro de sí de algún modo oscuro; sí, oscuro porque se mira a sí mismo y se siente asombrado, inundado por la propia sombra que el hombre mismo proyecta como obstáculo a la luz presencial de lo divino. A Dios no se le puede ver ni mirar; le experimentamos entre nuestras propias sombras; para *darse* cuenta de su presencia, hay que ladear la mira-

da para que la propia sombra le dé la *e-videncia*, es decir, la *ex-videncia*. Y así el hombre, desde su propia cabina en sombras, lanza su luz presencial sobre las cosas que va descubriendo y tratando. Percibimos a Dios de modo indirecto, reflejado, como un resplandor que estalla; envolviendo a las cosas y los hombres. Y así vemos también la luz: quebrándose en las cosas y dándoles nuestro resplandor presencial. Y así Dios se revela al hombre, y los hombres se revelan entre sí. Pero revelarse no es abrirse de par en par, sino entre-abrirse, sin darse a conocer del todo. «Re-velare» tiene doble sentido contradictorio: es darse a conocer y a la vez, retraerse, ocultarse; «re-velare», es manifestar pero también ocultarse en doble velo. Después de su Revelación en Cristo, Dios sigue siendo el Dios incógnito, el Dios desconocido.

Las cosas no se *re-velan*, no se entreabren en revelación, pero están dispuestas y aun dadas u ofrecidas al hombre para que éste las conozca y trate y las haga presentarse y manifestar lo que son. El hombre es el gran observador del universo; al presenciar se abre en él la luz de la inteligencia, y presta a las cosas inteligibilidad; las cosas sólo son inteligibles para seres inteligentes. Por esa inteligibilidad que la inteligencia del hombre otorga a las cosas, hace de éstas seres, ideas, instituciones, arte y personajes de arte. El hombre no es creador sino cuasi-creador, fundador, más bien transformador, pues no crea de la nada, no funda gratuitamente, sino que transforma y construye con materiales de derribo; por eso construye sobre *datos* de la Naturaleza, sobre lo dado por ella y por los otros hombres. Es un poeta de viejo, zapatero remendón del universo; sobre esos «datos» hace cosas, y se instituye en artista y artesano, en poeta y fundador de instituciones y de lenguajes. Por eso el hombre habla y *dice*; el «logos» que se le hace inteligencia, también se le vuelve palabra y mensaje para los demás hombres, porque ese «logos» convertido en verbo o palabra, es también solidaridad y amor a los otros seres. El hombre es el único animal que tiene metafísica necesidad de hacer cosas nuevas o reformadas —y aun de hacerse a sí mismo— y de decir a los demás quién es él. Cada hombre es mensajero de urgencia de su propio mensaje, aquel en que trae cifrada su deuda metafísica y el ser que está llamado a ser.

Y por esa metafísica necesidad de hacer y decir, el hombre además de causa como ser natural, es *autor*; no es lo mismo, en la noción de autor entra la de causa, pero en la noción de causa no entra la de autor. La autoría es iniciativa, libertad y responsividad. Y esta última incluye: respuesta y responsabilidad. A la llamada, a la voca-

ción existencial (de la que luego sale la aptitud o vocación para un oficio) el hombre responde: su existencia, (auténtica o inauténtica) es su respuesta. La responsabilidad brota de la respuesta *indebida*. Pero hay, además, una respuesta colectiva que es la *con-testación*, es decir, el testimonio común, solidario que dan los hombres de una época o de una empresa común, nacional o internacional. Personalmente cada uno responde por sí mismo; colectivamente, solidariamente, todos damos testimonio en la Historia, en un solo *con-testar*. El hombre es antes respuesta que pregunta, y con las preguntas y respuestas de cada uno y de todos, da la *con-testación* o testimonio común. No sólo la respuesta personal, sino todo preguntar es ya responder, y a la vez es un *con-testar* solidario. La ciencia con sus preguntas, la religión con sus creencias, la política con sus instituciones y el arte con sus obras, son respuestas del hombre, y *con-testación* testimonio común en teorías, hipótesis, estilos, escuelas y religiones. Toda pregunta lleva involucrada el sentido de la respuesta y el de ser mismo que pregunta. Por ser la pregunta algo elaborado y tardío, no es fundamento para la filosofía presencial; el fundamento está en la respuesta, está en la existencia y el estilo existencial del hombre que responde haciéndose preguntas. Y el fundamento de sus preguntas y de existencia de hombre, está en Dios. Cuando la pregunta se hace de unos hombres a otros, se vuelve «interrogación» («inter-rogare») que lleva ya solicitud, solidaridad, propósito de *con-testación*. El científico *pre-gunta*; el juez interroga. El rogar es casi admiración, un modo casi sagrado de hablar un hablar solemne. La tribu que tenía en Roma el privilegio de votar la primera, y con mayor solemnidad, se llamó «Tribu *pre-rogativa*»; y para hacer «rogativas» se forman procesiones solemnes entre cristianos. Y se interrogan y con-testan los hombres, porque no solo vienen a la Historia a conocerse recíprocamente, a *re-conocerse*, en su fondo de comunidad, sino también a darse a conocer a los demás, a ser interpretados y *reconocidos* como mensajeros de un testimonio común. No solo cada hombre viene a saber y conocer, como dijo Aristoteles, sino también, y acaso con designio más profundo, a ser sabido y conocido de los hombres. De ahí el hambre de fama, de consideración social, de prestigio, de estimación, de amor, que hay en todo ser humano.

Y con su conocer y su darse a conocer, con sus respuestas y preguntas, decíamos antes, el hombre es *autor* y no solo *causa* de sus hechos y sus actos. Tiene que ser incluso, un poco el autor de sí mismo, en cuanto ha de ser ingeniero de su propio camino, su an-

dadura y su quehacer. Por ser autor el hombre es poeta, artista, político, artesano, y con sus obras incrementa el mundo y los seres dados por la Naturaleza; «auctor» viene de «augere» aumentar. Las cosas naturales son causales; el hombre es, ante todo, ya que no creador de la nada, *autor* incrementador y transformador de lo que encuentra. El rayo no es el *autor* del incendio sino la *causa*, la cual es ciega y está forzada a producir sus efectos, dadas las condiciones necesarias. Cervantes no es la *causa*, sino el *autor* del Quijote, y nada ni nadie le obligó a escribirlo; fue libre en su invención y narración. El hombre es gracioso, gratuitamente libre, tanto, que tiene libertad para hacerse o no libre, para liberarse o no de sus esclavitudes biológicas o sociales. Tiene que hacer tanto, que hasta su libertad tiene que construirla o conquistarla; y esto, tanto individual como colectivamente, así en lo moral como en lo político. El hombre no es libre, pero *debe ser*, hacerse libre, y en ese «debe» se proclama ya el deber ser su propio liberador. No sin dolores y sin esfuerzos, su libertad ha de labrársela él, como ha de labrarse su ser y su felicidad. Y en nombre de esa libertad, debe *ob-ligarse* a los demás hombres, pero *ob-ligarse* libremente para dar sentido y riqueza a su libertad. Es la libertad la que le da deberes y obligaciones, porque antes halla en sí la deuda primera de su liberación, en el *debe ser* quien está llamado a ser, por sí y con los demás. El artista en su vocación de arte, se siente con la deuda primera de hacer su obra, y hacerla libremente, liberándose hasta de resonancias y de imitaciones con otros artistas; y entre todos los artistas que de verdad lo son, darán la respuesta colectiva, la *con-testación* artística.

En nuestra existencia, en nuestras respuestas y preguntas personales, va nuestra presencia; en la «con-testación» nuestra copresencia, o presencia colectiva, de pueblo, nación, raza, y en fin de cuentas, de toda la humanidad copresente en la Historia. Pero la copresencia para serlo y actuar como tal, no necesita de la presencia real de unos hombres y otros, unidos en el espacio ni en el tiempo. Buda, Goethe, Cervantes, un hombre cualquiera de cualquier época o país, al poner y proyectar su presencia en el mundo, la hace concurrir con la de los demás, de antes, de entonces y de cualquier tiempo. Todos los hombres son co-presentes en la Historia que no excluye a nadie, pero me refiero a la Historia en su realidad, no a la historiografía, o narración e interpretación personal de aquella. Cada hombre, lo sepa o no, *cuenta* con todos los hombres. Y ese «contar» quiere decir más de lo que parece; podemos *contar* matemáti-

camente cosas, y podemos *contarlas*, narrarlas, a otras personas. Quien cuenta o relata se presenta y *re-presenta* en el pasado, en un pasado en que están también los demás como están en el futuro. Todo lo que uno hace o dice, lo dice y hace para otros y también para mí. Y viceversa: lo que yo digo y hago, va dicho y hecho para los demás: Así, a la vez respondo y *con-testo*. Y así el hombre se *re-vela* a los otros, se manifiesta y oculta, se entreabre. La revelación de los demás no excita y abre el apetito de ser hombres. La Revelación de Dios nos lleva a buscarlo.

Nos entreabrimos a los demás, porque queremos expresarnos (exprimirnos) pero ocultando siempre mucho de lo que somos. Ante las cosas no nos expresamos, porque la expresión es designio de solidaridad y comunión. No es que ante las cosas nos mostremos más sinceros, sino más *des-pre-ocupados*. No nos *pre-ocupan* como nos *pre-ocupan* los hombres. La intencionalidad expresiva va siempre dirigida a otra presencia, humana o la divina. Expresándonos ante los demás, buscamos también recíprocamente su expresión y su mensaje. Ante las cosas no nos expresamos porque ellas no son aptas para expresarse, carecen de intencionalidad expresiva. La expresión no es un «fenómeno cósmico». Por eso no hay preguntas a las cosas, sino que es investigación, búsqueda o rastreo de sendas y relaciones. Cuando preguntamos: «¿Qué es esto?» la pregunta va dirigida a nosotros mismos, sabemos que ella no puede mostrar o manifestar más de lo que ofrece. Es que ante las cosas nos sentimos extraños; ante las personas nos sentimos *ajenos*, *otros*, dentro de la misma comunidad. Creo que la sentencia de Terencio el Latino hay que convertirla en: «Todo hombre me es ajeno, y ninguno extraño». Ningún animal se extraña de otro animal aunque sea su enemigo biológico, pero todo animal que ve por primera vez a un hombre se espanta y *extraña*. Por sentirnos extraños a las cosas, de modo radical, cuando éstas nos cercan, nos oprimen y acosan, hemos de *desacercarlas*, poniéndolas lejos, bien en una perspectiva prudente y objetiva como hace el saber científico, o bien descosificándolas, como hacen el arte y la poesía desde Orfeo acá. También el arte necesita su perspectiva. Las cosas, para poder dominarlas mejor, han de ser desacercadas. Las personas han de ser *desalejadas*, para servirlos, para solidarizarnos con ellas, para hacerlas próximas o prójimas. Desacercando cosas nos acercamos más a los hombres; desalejando personas nos acercamos más a Dios. El Arte si es verdadero personifica cosas, para poder acercarse así a ellas, en solidaridad poética y artística. El arte nos acerca a los hombres y nos acerca a Dios.

Clásicos de nuestro siglo

LOS TRES REYES MAGOS

—Yo soy Gaspar, Aquí traigo el incienso

Vengo a decir: La vida es pura y bella,

Existe Dios. El amor es inmenso.

¡Todo lo sé por la divina estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo.

Existe Dios. El es la luz del día.

La blanca flor tiene sus pies en lodo

y en el placer hay la melancolía.

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro

que existe Dios. El es el grande y fuerte.

Todo lo sé por el lucero puro

que brilla en la diadema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos.

Triunfa el Amor y a su fiesta os convida.

Cristo resurge, hace la luz del caos

¡Y tiene la corona de la Vida!

RUBEN DARIQ